Relatos de la³ 6 ¯ U ÐWWK Ð-Œ L U % D w E D U

IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

26 – A galope tendido

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

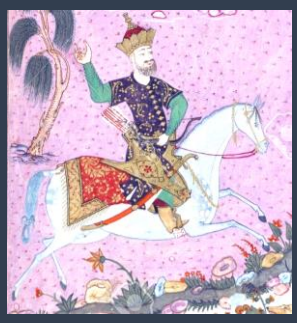
Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El Archivo de la Frontera es un proyecto del Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS) ,
bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

27 – A galope tendido



Cuando Baïbars venció a Jidr El-Buhayri se quedó con su yegua, esa a la que llamaban "la Paloma", una magnífica pura sangre que era el orgullo de su dueño, y que todos los beduinos envidiaban. Y con razón, porque su galope era tan rápido y perfecto, que quien lo montara habría podido imaginarse como cabalgando por los cielos; en fin, que bien merecía ese nombre.

Y precisamente a ese caballo era al que Otmân había echado el ojo; lo sacó de las caballerizas, le puso las bridas y, tomando el camino del Cairo, imploró a la Dama:

- ¡Ven en mi ayuda, oh Dama, oh Protectora el Cairo, tú qu'eres nieta el Profeta e Dios, al que siempre dio la victoria! ¡Hoy, sólo tú pués salvarme!

Y, soltando la brida, espoleó a su montura, que saltó hacia adelante, ligera como la brisa, viva como el agua saltarina.

Normalmente, se necesitaban cinco días a caballo para recorrer el trayecto de Mahalla al Cairo. Pero Otmân no era un jinete normal; cabalgó sin tregua, sin detenerse ni para comer ni para beber; implorando constantemente, tanto al socorro de la Dama, como animando a su montura murmurándola a la oreja:

- ¡Paloma, mi Palomita, hoy es tu día e gloria! ¡Vuela, mi Paloma!

¡Había salido de Mahalla hacia el medio día, y llegó al Cairo cuando el sol se estaba poniendo!

Tomó la dirección del lago Balama, y se fue derecho al palacio del visir Shâhîn. Cuando le vieron llegar, los palafreneros salieron a su encuentro.

- ¡Eh, muchachos –les dijo, echando pie a tierra–, hacerla caminar un poco pa que se repose, y luego darle un buen brazao de cebada!

Luego, Otmân subió la escalinata de cuatro en cuatro, irrumpiendo de golpe en los apartamentos privados del visir.

- ¡Ah, Hach Shâhûn, cacho cerdo!, ¡por el Profeta, espero que to'l azúcar de Banha no t'haga ningún provecho, so cabrón, hijo puta! ¿Ya t'has olvidao de to'l pan y la sal que tú t'has venío a beneficiar en nuestra casa?

- ¡Que Dios nos proteja! –exclamó el visir desconcertado–. ¡La paz sea contigo, sheij Otmân, bienvenido seas! Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Va todo bien, si Dios quiere? ¿Y qué tal va tu hermano, el emir Baïbars? Está bien, espero…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

-¡Ah, pero tú qué me cuentas! Scucha, Hâch Shâhûn, hermanete mío, ¿qué t'ha hecho a ti el soldao pa que l'envíes al enculao el mensajero ese pa que lo empaquete encadenao? ¡A ver, cuéntame, y na de bromas!

- Pero ¿qué historia es esa, sheij Otmân? –exclamó el visir pasmado–. ¡Por la gloria de Dios, que no sé nada de ese asunto!

- ¡No me vengas con trolas! ¡Te digo qu'el tío ese tié un pelpa[1] el jefe Sâleh! ¡que yo lo he visto tal que te veo a ti ahora mismo!

En fin, que Otmân le contó todo lo que había pasado. El visir Shâhîn estaba totalmente perplejo; no podía creer que el sultán, que no tomaba decisión alguna sin avisarle, hubiera podido dictar un firman así a sus espaldas.

- Bien, hijo mío –dijo el visir–. Ahora es un poco tarde, así que tú te vas a ir a dormir con los palafreneros. Mañana por la mañana, yo te llevaré al Consejo, y preguntaremos a su majestad el rey por ese correo con su firman.

- ¡No, no, escucha, Hâch Shâhûn, hermanote mío! Tú… tú ¿nos quieres bien, eh? Mira, esta mañana, cuando me vine p'acá, dejé al soldao encerrao a cal y canto en mi cuarto, ¡porque el puto mensajero ese, sólo nos ha dao vinticuatro horas de plazo! ¡Yo tengo que volver ya mismo pa Mahalla! ¡Venga, venga, mi hermanote, hay que ir a toa pastilla a casa el jefe Sâleh! ¡Ale, venga, yo te llevo hasta allí! Venga, vamos, ¿pero se pué saber a qu'esperas?

A la fuerza, y totalmente desamparado, el pobre Otmân estalló en sollozos; el visir, emocionado por su tristeza, se levantó de inmediato y, haciendo que le ensillaran un caballo, se puso en camino para la Ciudadela, en compañía de Otmân, que marchaba a su lado.

Llegaron a la Ciudadela poco antes de que se hiciera de noche, y encontraron al rey que disfrutaba de la vida espiritual con unos doctores kurdos ayyubíes y algunos ascetas místicos. El visir entró, saludó al rey y fue a inclinarse ante él.

- ¡Demos la bienvenida a nuestro noble visir! ¿Todo va bien, si le place a Dios? Pero, siéntate, te lo ruego, y dime qué te trae por aquí.

- *Efendem*, ¡ojalá que tú siempre puedas vivir feliz y que tus enemigos no obtengan más que aflicción y pena! *Efendem*, ¿quién es ese mensajero que tu señoría ha enviado a Mahallat El-Kubra, con un firman para arrestar a Baïbars? ¿Qué es lo que ha pasado para que tu majestad no haya tenido a bien tenerme al corriente?

Durante estas explicaciones, el sultán se había quedado estupefacto y con la boca abierta, y por fin exclamó:

- ¡*Allâh, Allâh*, oh Eterno!, ¡oh, Tú que castigas a los que cometen injusticia!, ¡oh Tú, Señor de los mundos! Hâch Shâhîn, hermano mío, por la gloria de Dios; yo no tengo ningún conocimiento de ese asunto. Jamás he dado tal orden ni encargado a nadie una

[1] Es uno de los trabalenguas de Otmân, que para decir "papel" invierte el orden de las sílabas y dice "pelpa".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

misión así. Y de hecho, ¿cuándo me has visto tú hacer lo que sea, o tomar la mínima decisión, sin ponerte antes al corriente?

- ¡Que Dios te de larga vida! Sí, es cierto que siempre has obrado de ese modo conmigo.

- De cualquier forma, por la gloria de Dios y Su majestad, todo esto es algo muy extraño… Pero dime, a ti, ¿quién te ha informado?

- *Efendem*, ha sido Otmân, el hijo de la Gorda. Acaba de presentarse en mi casa y me ha contado todo el asunto.

Y el visir le contó al sultán cómo Otmân, habiendo forzado al mensajero a que le diese un plazo de veinticuatro horas, había encerrado a Baïbars en su cuarto, por miedo a que no se entregara él mismo. Y en esa parte del relato estaba, cuando Otmân hizo irrupción en la sala vociferando:

- ¡Eh! ¡salúo a vosotros, compadres! La *Fâtiha* por el Profeta y dispués ¡ojalá que sólo podáis oír cosas buenas! ¡Venga, a repetir tos conmigo!: "que no son ojeto de tu ira, ni son los extraviaos, amén[1]". Amos a ver, jefe Sâleh, cucha, hermanote mío, ¡acuérdate un poco de to'l azúcar de Banha que t'has beneficiao de gorra y de toas las gulusmerías que t'hemos dao! Tú, tú eres un tío legal, no haces malo a nadie, y visto que tú eres un gran gatazo, el jefe tos los gatazos; dime entonces, ¿qué t'ha hecho el soldao Nénars pa que tú le mandes al jefe los portapepales[2] a liquidarle?

- Por la gloria de Dios, hijo mío, ¡yo no sé nada de toda esa historia! Jamás he dado tal orden. Pero, dime, ese canalla de correo, ¿lleva o no lleva barba?

- ¡Y yo qué sé! –le respondió Otmân–. No, si eso es lo que quiés saber, pues no, no lleva barba ese maricón, aunque no debe hacer mucho que se l'ha afeitao.

- Y tú, Hâch Shâhîn, ¿qué opinas? –preguntó el rey, volviéndose a este último.

- *Efendem*, que Dios te de larga vida, no hay treinta y seis soluciones: que tu majestad se digne escribir de su puño y letra otro firman anulando el anterior, y dando a Baïbars el poder de arrestar al falso mensajero y hacer con él lo que mejor le parezca. Ese miserable ha utilizado maniobras fraudulentas para atentar contra la vida del emir Baïbars, y por ello, merece la muerte.

- ¡Bien dicho, visir! Que así sea.

Y, cogiendo una pluma, el rey se puso rápidamente a redactar el firman; cuando hubo terminado, puso su sello y su rúbrica, lo plegó y se lo dio al *osta* Otmân.

- Ve, hijo mío –le dijo–, y que Dios te facilite siempre las cosas difíciles. ¡En verdad que tú eres un buen amigo para Baïbars, y un fiel compañero!

- ¡Que'l buen Dios no t'haga nunca caer en una trampa, jefe Sâleh, mi compadre! Tú sí que nos quieres bien, y nosotros también te queremos. Y tú, Hâch Shâhûn, ¡mil gracias!

---

[1] Últimas palabras con las que se cierra la azora de la *Fâtiha*.
[2] Quiere decir un correo o mensajero encargado de llevar papeles o misivas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

¡Bueno, ahora, me pirdonáis, pero tengo qu'abrirme ya mismo, tú te pués quedar aquí santurroneando con el jefe Sâleh!

- ¡No, sheij Otmân! –protestó el visir–. Espera un poco, hijo mío, y volvemos juntos, que el camino es peligroso.

- ¡No, no, ya te digo que no te molestes!

Otmân se largó corriendo a todo correr y llegó al palacio del visir más rápido que si hubiera ido a caballo. Viendo que su montura, la Paloma, había acabado de comer su cebada, saltó a la silla y partió inmediatamente para Mahalla. Y unas veces murmuraba: "¡Ayuda, oh Badawi, oh protector de Tantâ!", como otras gritaba y animaba a la oreja de su montura, que hendía el aire como una flecha cuando sale disparada.

Con ese ritmo infernal, llegó al palacio de Mahalla al salir el sol, saltó a tierra, llamando a su gente:

- ¡Eh, hijos de Haydab, venid pa que marche un poco!

Los palafreneros se acercaron al animal, cogieron las bridas, la hicieron dar un paso, luego un segundo paso, y la yegua se desplomó muerta por agotamiento. Otmân la lloró:

- ¡Ay, qué tristeza, mi pobre Paloma!

Luego, dirigiéndose a Oqereb:

- Cava una tumba y entiérrala, no podemos dejar que se la coman los perros. ¡Y hazlo pero que mu bien si no quiés que te mande a ti a hacerla compañía!

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La cabalgada de los Hijos de Isma'il" ...

28 - "Todo engaño tarde o temprano se paga"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6